

## Estampa de Sanín Cano\*

**A** los ochenta y cinco años de edad, Baldomero Sanín Cano conserva el don de la gracia espiritual. Físicamente es un orgullo de la raza antioqueña. Por las calles de Bogotá, por las de Popayán, por las de Cali, se le ve deambular con paso tranquilo y seguro, erguida la cabeza, los hombros en espléndido equilibrio, una de las manos sobre el bastón y el rostro siempre jovial donde la piel sigue conservando una milagrosa coloración juvenil. El maestro avanza y observa todas las cosas y todos los seres y todos los accidentes del mundo que lo rodea, con impertérrita curiosidad. Los ojos están llenos de alegre malicia y en los labios revolotea una sonrisa irónica. De pronto se detiene enfrente de un muestrario de libros. Y para precisar los títulos, saca de su estuche los anteojos. El rostro adquiere entonces un leve aire profesoral. Desencantado de la mercancía expuesta, sigue su camino, golpeando suavemente en el pavimento con el cuento del bastón. El vestido es generalmente de color claro. El sombrero también, y éste, además, ostenta unas magníficas arrugas que ponen así, sobre la docta cabeza, un delicado acento de simplicidad, de imprevista sencillez. En el camino lo saludan gentes desconocidas, gentes amigas y gentes que no lo son, pero que lo admiran y respetan. Con los amigos se detiene a conversar breves instantes, mientras llega la hora de regresar a la casa. Viéndolo de

---

\* Era propósito firme de la REVISTA IBEROAMERICANA no ofrecer en este homenaje más que testimonios inéditos expresamente escritos para esta ocasión. Hacemos una excepción, sin embargo, con esta bella "estampa" azorinesca que nos envió su autor, por estimar que los lectores de la revista habrán de agradecerérselo. Esta emocionada silueta íntima la publicó Hernando Téllez en Bogotá al celebrarse el octogésimo quinto cumpleaños del maestro, pero es casi totalmente desconocida de los lectores no colombianos. (N. de la R.)

espaldas parece, por el color de la nuca, el tono del cabello que asoma bajo el ala del sombrero, y la ancha geometría de los hombros, un caballero extranjero, un ciudadano del norte de Europa, de paso y de paseo por la ciudad. De frente, ofrece la misma impresión, agravada por la limpidez de la piel, el trazo duro del rostro y las proporciones de la cabeza. Las personas que lo miran, lo observan con sorpresa llena de admiración. "¿Es el maestro Sanín Cano?", preguntan. Y cuando reciben la confirmación de su sospecha, se hacen lenguas ponderando la extraordinaria conservación física, el noble aspecto, la eterna juventud del personaje.

Cuando Sanín Cano regresa a su casa en un tranquilo barrio, ya el crepúsculo empieza a ceder ante la invasión de las sombras. En las colinas, que parecen muy próximas, la niebla va apoderándose insidiosamente de todos los perfiles. Hace frío y el cielo ostenta un agobiador color de plomo que imprime en las cosas y en las almas una secreta desolación. La callecita del maestro tiene unas lindas acacias, periódicamente heridas por la barbarie municipal. Su casa es modesta y limpia. Dos metros cuadrados de jardín, donde florecen altas rosas, defendidas de la anónima codicia ajena por una verja de hierro cuidadosamente cerrada. Dentro, un pequeño corredor y, al fondo, el despacho, que es también sala de recibo para los visitantes. La temperatura en el interior es agradable. Hay libros en los estantes. Libros sobre las mesas. Libros en el escritorio. Algunos cuadros y retratos en las paredes. El maestro está solo. Sin embargo, esa soledad no es total. Una amada sombra cuya imagen fotográfica preside, desde uno de los muros, el paso de las horas, lo acompaña, lo estimula, lo observa, lo conforta. El maestro se dispone a escribir. Y, bajo su mano, ya tiene ordenadas las cuartillas de papel leve, frágil y transparente. El estilógrafo de fino metal, brilla en la sombra, brilla aún más debajo de la luz de la lámpara. Un momento más, y la mano empieza a ejecutar la tarea de la creación intelectual. Se oye, en el perfecto silencio de la habitación, en el perfecto silencio de la prima noche, el rasguear de la pluma. Media hora, una hora de labor continua. Dos, tres veces, el maestro se ha levantado de la silla, para consultar un diccionario, para verificar una cita, para aclarar una fecha, para comprobar el significado de una palabra, la exactitud de una equivalencia lingüística. La prosa ha llegado a los picos de la pluma con exquisita gracia, con espon-tánea fluidez. Poco a poco se ha ido formando una esbelta ar-

quitectura en la cual todo es equilibrio, compenetración admirable de la forma y la idea, economía retórica y precisión estilística. La letra, con los años, se ha complicado un poco. Pero conserva el encanto de la caligrafía, antigua de cincuenta o sesenta años, en la cual ciertas letras le daban al conjunto de la plana el atractivo de un dibujo cuya gracia reside en la insistencia de determinado motivo ornamental.

Terminada la labor, que el maestro ha cumplido con alegre y desinteresado júbilo espiritual, su curiosidad infatigable, su insaciable sed de conocimiento, tratará de satisfacerse en la lectura de los libros amados. Allí en un rincón bien conocido de la biblioteca, está Brandes, sabio, magnánimo, perspicaz; en otro rincón espera Nietzsche, amargo, genial y peligroso; más allá Shakespeare, Cervantes, Swift y Shelley, Eliot y Huxley... Los filósofos, los artistas, los psicólogos, los analistas implacables de la condición humana, los histólogos de las pasiones, los novelistas que han puesto en claro las zonas oscuras del alma, los humoristas. Toda la sabiduría humana, condensada en libros inmortales, espera al maestro, imperceptiblemente indeciso frente a su propia biblioteca. La determinación, sin embargo, será la mejor. El maestro es un experto navegante en el vasto océano de papel y tinta que lo rodea por todas partes. De uno de los estantes ha extraído el libro preciso, el que demandaba su propia inquietud. Con él en las manos, acariciando el lomo, preguntando ya el placer hondo, indefinible de la lectura, se va en busca del lecho. Una mirada más a la habitación, al muro desde donde lo observan con infinita dulzura, unos ojos amados e inolvidables. El maestro ha apagado la lámpara. Las cuartillas escritas alcanzan a percibirse en la sombra. En el perfecto silencio de la casa, en el perfecto silencio de la calle y de la noche, se oyen los tranquilos, los pausados pasos del maestro que se dirige a su alcoba...

HERNANDO TÉLLEZ

